

Plan lector. Lecturas extraordinarias para días extraordinarios.

Texto número 5: Robert L. Stevenson, "La Isla del Tesoro" (año de publicación 1882)

Capítulo 1 (fragmento): El viejo lobo de mar en el Almirante Benbow.

El Squire Trelawney, el doctor Livesey y los demás me han encargado que ponga por escrito todo lo referente a la Isla del Tesoro, de cabo a rabo, sin dejar otra cosa en el tintero que la posición de la isla, y esto porque aún quedan allí riquezas que no han sido recogidas. Tomo, pues, la pluma en el año de gracia de 17..., y retrocedo hasta el tiempo en que mi padre era el dueño de la posada del Almirante Benbow, y en que un viejo navegante, de moreno y curtido rostro cruzado por un sablazo, se acomodó como huésped bajo nuestro techo.

Recuerdo como si fuera ayer el día en que llegó, con torpe andadura, a la puerta del albergue, y tras él, en una carretilla, su cofre de marinero. Era un hombretón alto, recio, pesado, muy bronceado; la coleta embreada le caía sobre los hombros de la casaca azul, cubierta de manchas; tenía las manos agrietadas y llenas de cicatrices, con las uñas negras y rotas; y la cuchillada que cruzaba una de sus mejillas le había dejado un costurón lívido, de sucia blancura. Aún me parece que lo estoy viendo mirar en torno de la enseña, silbando entre dientes, y después tararear aquella antigua canción marinera, que tantas veces cantaría después:

¡Quince hombres en el cofre del muerto

Yo-jo-jó, y una botella de ron!

con aquella voz alta y cascada que parecía haber sido a un tiempo afinada y quebrada en las barras del cabrestante. Después llamó a la puerta con una especie de bastón que llevaba, semejante a un espeque, y cuando acudió mi padre, pidió con tono destemplado un vaso de ron. Se lo trajeron y lo bebió pausadamente, como buen catador, paladeándolo sin prisa y sin dejar de mirar los acantilados y la enseña que colgaba sobre la puerta.

-Buena caleta esta-dijo por fin-, y la taberna está bien situada. ¿Mucha compañía por aquí, jefe?

Mi padre respondió que no: poca concurrencia, por desgracia.

-Bueno, entonces aquí echo el amarre. ¡Eh, colega!- gritó al que empujaba la carretilla-. Atraca aquí al costado y ayuda a subir el cofre. Me quedo aquí unos días-continuó-. Soy hombre llano: ron, tocino y huevos es todo lo que necesito, y aquel promontorio de allá arriba, para ver salir los barcos. ¿Qué cómo me han de llamar? Llámenme capitán. ¡Ah!, ya veo claro detrás de lo que anda...¡Ahí va!-y arrojó tres o cuatro monedas de oro en el umbral-. Ya me avisarán cuando me haya comido todo esto-dijo imperioso y altivo como un gran almirante.

Plan lector. Lecturas extraordinarias para días extraordinarios.

Y, en verdad, mala como era su ropa y aunque se expresaba toscamente, no tenía la apariencia de un simple marinero, sino la de un piloto o patrón acostumbrado a golpear si no se le obedecía. El hombre que empujaba la carretilla nos dijo que aquella mañana se había apeado de la diligencia en el Royal George y que allí había preguntado qué posadas había a lo largo de la costa; y habiendo oído, según me figuro, buenas referencias de la nuestra y que era solitaria, la había preferido para establecer su residencia. Y eso fue todo lo que pudimos saber de nuestro huésped.

Era un hombre habitualmente muy reservado. Todo el día vagabundeaba en torno de la caleta o por los acantilados, con un catalejo de latón; y toda la velada se la pasaba sentado en un rincón de la taberna junto al fuego, bebiendo ron muy fuerte con agua. Casi nunca respondía cuando se le hablaba; se limitaba a erguir de pronto la cabeza y resoplar por la nariz como sirena de niebla; y tanto nosotros como la gente que frecuentaba la casa aprendimos pronto a no meternos con él. Todos los días, al regreso de su paseo, preguntaba si había pasado por la carretera algún hombre de mar. Creíamos al principio que lo hacía porque echaba de menos la compañía de gente de su condición, pero al fin caímos en la cuenta de que lo que trataba era de esquivarla. Cuando algún navegante se alojaba en el Almirante Benbow (como ocurría de vez en cuando con los que iban a Bristol por la costa) lo observaba, antes de entrar en la sala, por entre las cortinas de la puerta; y era cosa segura que siempre permanecía callado como un muerto en presencia del forastero. Para mí, al menos, no había secreto en ello, pues era yo partícipe de cierto modo de sus alarmas. En cierta ocasión me había llevado aparte y prometió darme cuatro peniques de plata el primero de cada mes "solo por estar ojo avizor" y darle aviso tan pronto como viera aparecer a "un marinero con una sola pierna". Muchas veces, al llegar el día convenido y pedirle mi salario, se contentaba con darme un bufido y mirarme con tal cólera que me obligaba a bajar los ojos, pero no dejaba de pasar la semana sin pensarlo mejor y acababa por traerme mi pieza de cuatro peniques y repetir el encargo de estar alerta al "marinero con una sola pierna".....

Plan lector. Lecturas extraordinarias para días extraordinarios.

ANÁLISIS DEL PERSONAJE



¿Quién es?

¿Cómo es? (Observa el dibujo e imagina)

¿Quién lo busca? ¿Aparece en el texto?

CATEGORÍAS GRAMATICALES: SINÓNIMOS / PALABRAS POLISÉMICAS / ADJETIVOS.

- Piensa palabras que significan lo mismo que:

TABERNA- DILIGENCIA- CÓLERA

- Piensa un significado diferente al del texto de la palabra PLUMA:

- Busca seis adjetivos en el texto y escríbelos:

Plan lector. Lecturas extraordinarias para días extraordinarios.

AMPLIACIÓN DE VOCABULARIO: USO DE EXPRESIONES

“Estar ojo avizor” es lo mismo que

“Poca concurrencia” significa que

“Torpe andadura” quiere decir que

HIPÓTESIS FANTÁSTICA

- Inventa: ¿Qué pasó cuando apareció el “hombre de una sola pierna?”